

Foto: César Calle Burbano.



Título: **Selvático No. 2**
Autor: **César Calle**
Técnica: óleo sobre tela
Tamaño: 58x 38 cm
Colección: Privada
Año: 2003



Escuchad la Voz
El Personaje Épico de Werfel. Héroes en Vasos de Barro*

Listen to the Voice
The Epic Charter Werfel. Heroes in Clay of Glass

Alicia Saliva Domingo, PhD**

Docente Investigadora, Universidad ESEADE, Buenos Aires, Argentina
Docente Investigadora, Universidad Católica de Santa Fe, Santa Fe, Argentina

... la pequeña letra se alimenta
de la esperanza segura, del presentimiento
orgullosa de que la letra no sólo es
necesaria para la totalidad sino que
contiene en su pequeñez, en su
insignificancia, el inmenso y desconocido
significado de la totalidad.
Franz Werfel

Fecha de recepción: 3 de febrero de 2012

Fecha de aprobación: 30 de mayo de 2012

* Artículo de Reflexión Resultado de Investigación.

**Doctora en Filología Hispánica, Universidad Complutense de Madrid; Magíster en Lengua y Literatura Española, Agencia Española de Cooperación Internacional. Correo electrónico: aliciasaliva@gmail.com

Resumen

Presencia singular de Franz Werfel en el mundo literario alemán de principios de siglo XX, quien con su obra de ficción y sus ensayos interroga y pone en cuestión el dominio materialista y progresista de su época. Señalamos lo novedoso de la elección y construcción de sus personajes, figuras poco meritorias a los ojos del mundo, pero sin embargo portadores de un contenido que los magnifica. Ejemplo de ello es el profeta Jeremías, protagonista de *Escuchad la Voz*, quien en su aparente insignificancia recibió un llamado que lo convirtió en el hombre que desafiaría a los emperadores más poderosos de Israel. La obra es un prodigio de evocación bíblica y de creación de personajes vivos, dramáticos y contradictorios, no sometidos a las leyes corrientes del éxito.

Palabras Claves

Franz Werfel, Expresionismo, *Escuchad la voz*, Biblia y literatura, Jeremías, Novela Histórica, Héroes – Antihéroes, Espíritu Libre.

Abstract

Unique presence of Franz Werfel in the German literary world of the early twentieth century, who with his fiction and essays interrogates and questions the materialist and progressive superiority of his time. We note the novelty of his choice and construction of his characters, figures with little merit in the eyes of the world, but that however carry a magnificent meaning. One example is prophet Jeremiah, protagonist of "Listen to the Voice", who in his apparent insignificance received a call that made him the man who would challenge the most powerful kings of Israel. The work is a marvel of biblical evocation and creation of vivid characters, dramatic and contradictory, not subject to the ordinary laws of success.

Key words

Franz Werfel, Expressionism, Listen to the voice, Bible and Literature, Jeremiah, Historical Novel, Heroes – Antiheroes, Spirit and Matter.

Kafka definió a Werfel como "un milagro", un hombre que era capaz de cosas maravillosas (Wagener, *Understanding Franz Werfel* 1). Comparable en extensión y aliento épico a Thomas Mann, es un autor tan prolífico y leído en su época como poco conocido hoy en el mundo de lengua hispana. Quizás sean varias las causas para el presente olvido de uno de los poetas más conocidos en su tiempo: debemos pensar en el exquisito uso del lenguaje que despliega en cada una de sus páginas que obliga a

leerlas con diccionario en mano, la tendencia especulativa y minuciosa de su prosa o la imponente extensión de sus novelas, por ser relatos que nos sitúan en época, con una rica y precisa documentación histórica.

En estos vastos mundos hay un elemento que, en toda su paradoja como veremos, conmovió a los más afamados lectores de Werfel: "... por caminos poéticos... llega a conseguir aciertos trascendentales en el reflejo de los espíritus de sus personajes." (Gullón, "Sobre Franz

Werfel” 199-214) Pero sucede que, por lo general, los protagonistas elegidos por Werfel son poco reconocidos, entendidos o hasta han llegado a ser repudiados por sus propias épocas: Pablo de Tarso entre los judíos; Jeremías de Anathoth, el profeta de la decadencia de un Imperio; Bernardette, la niña considerada alucinógena para los habitantes de Lourdes; los armenios cristianos perseguidos durante la segunda guerra mundial. En el autor hay una decidida voluntad de oficio que lo lleva a novelar estas vidas poco estridentes con recursos narrativos que tampoco lo son: “La forma suprema de la narrativa moderna consiste en presentar los hechos del mundo del espíritu (la creación del mundo, la caída del hombre, la encarnación...) descritos a través de los más astutos y económicos medios de realismo en las historias y figuras de la vida cotidiana menos espectaculares.” (Werfel, *Theologumena* 251)

Es singular por lo tanto la forma en que interpela nuestro siglo. Frente a la entronización del progreso, de los fuertes, los voluntariosos, los que tienen determinadas condiciones, Werfel da vida a los miopes, asmáticos, a los escasamente meritorios a los ojos del mundo y a los suyos propios. No teme la contradicciones que generalmente nos asustan, estos *outsiders* serán como cajas chinas de un contenido que los magnifica.

En la novela que nos ocupa así ocurre con el profeta Jeremías, conocido en la tradición por maldecir su nacimiento en el momento en que descubre lo desproporcionado de su misión. Lo que se relata en *Escuchad la voz* es la visión que tiene Clayton Jeeves, filólogo inglés contemporáneo, estudioso de la época de los profetas en Israel. Esta visión le ocurre en un momento de aura durante un ataque de epilepsia, enfermedad que sufre hace años. Jeeves, tan miope y extremadamente tímido como su antepasado Jeremías, se encuentra realizando un viaje con amigos por Tierra Santa cuando le sucede este episodio de epilepsia donde se presenta la historia en todos sus pormenores del profeta israelí. Jeremías fue, como veremos en detalle, lo que ya preanunciaba el significado del nombre Clayton: vaso de arcilla, que lleva oro. Personajes espejo para indicar la actualidad de lo sucedido en un hombre de hace más de veintisiete siglos.

Desde esta perspectiva, Werfel logra mostrar la magnificencia en lo más pequeño, particular heroísmo de este personaje épico que debatirá dentro de una gran batalla, la de su alma que fluctúa entre un solipsismo y el imperativo del título: escuchad la voz. Se irá construyendo en torno al espacio y el tiempo que conceda en sí mismo a este otro personaje que le llega en un preciso momento de su vida.

Franz Werfel

Haré breve mención a algunos aspectos del autor importantes para contextualizar la aparición de una obra tan particular como *Escuchad la Voz*. Como biografía completa y excelente panorama de toda su producción, cito el volumen de Hans Wagnen (*Understanding Franz Werfel*).

Nacido en Praga (1890) y muerto en Beverly Hills (1945), se autoexilió luego de proclamarse en contra del nacionalsocialismo. Toda su vida y de forma que implicó decisiones como ésta, quiso dar testimonio sobre la potencia, libertad y posibilidades de grandeza del espíritu humano. Quien se acerque a las obras del joven expresionista no quedará indiferente ante éste, uno de sus mayores aportes, la consagración del espíritu humano en una época que jugueteaba con su disolución o sumisión a las fuerzas de poder. Fue Werfel quien inmortalizó con su poesía el grito: ¡Oh hombre!², en un momento de la historia en que parecía ser la última preocupación posible.

En varios de sus escritos es muy crítico de los sistemas políticos que reemplazan al hombre por la humanidad, tanto el nacionalsocialismo como el comunismo. En su novela póstuma *La estrella de los no nacidos*, los habitantes del siglo 100.000 (el hombre realiza todo

de un modo mental, alejándose de la verdadera vida) le preguntan a un prehistórico visitante qué se ha resuelto con las dos guerras. Aún siendo extensa, reproduzco esta cita por su valor estético e histórico. Es llamativo que Werfel pueda tratar con tan sano humor hechos recientes:

-¿Qué se resolvió en esas dos guerras, mi querido Yo-Do?

-¡Ojalá se lo pudiera decir fácilmente! Fue un turbio fregado, un fétido revoltijo de crisis de trabajo y de religiones sustitutorias. Porque cuanto más falsa es una religión, tanto más fanáticamente muerden sus partidarios. Mis antiguos contemporáneos se empeñaron fanáticamente en no tener alma, ni personalidad, deseaban ser átomos de grandes complejos materiales sin un yo. Unos pertenecían al complejo nación, concediendo al hecho de la localización, es decir, el hecho de haber nacido en cualquier país o pueblo, un valor eterno. Otros eran partidarios del gran complejo clase, concediendo estos al hecho de haber nacido pobres y aspirar a dejar de serlo, también un valor eterno. Ambos complejos podían transferirse fácilmente, pues casi todo el mundo era pobre y había nacido en algún país. En resumen, ni unos ni otros sabían porqué se mataban. Acaso lo hacían por miedo. Pero menos se temían entre sí que temían a sus jefes, que una y otra vez, por temerles demasiado, habían obligado a sus súbditos a extinguirse recíprocamente. (Werfel, *Los que no nacieron* 95)

Esta es la batalla tenaz y revolucionaria de Franz Werfel, a favor del yo compuesto de materia y espíritu, hablando a sus contempo-

² Durante los años 20, en su época expresionista, Werfel acuña el concepto de "Innerlichkeit" (intimismo), entrando en oposición con la politización de la literatura, en boga en esos mismos años.

ráneos imbuidos en el materialismo de la época, de la existencia del espíritu del hombre como huella y vehículo de un infinito. El espíritu es, en la obra de Werfel, el gran protagonista, o, podríamos decir, el perturbador que inquieta y saca del cauce normal incluso a las historias más banales: “[...] como un Picasso de la literatura, se preocupaba por encontrar tras las máscaras el rostro eterno [...] lo que lo distingue de otros es su comprensión del hombre desde el centro de su corazón”. (Grenzman, *Fe y creación literaria: problemas y figuras de la actual literatura alemana* 249)

Werfel es uno de los primeros poetas a favor del expresionismo. En sus años vieneses, desde 1918 a 1925, se dedica a la poesía y al drama, géneros preferidos por la sensibilidad expresionista, e inaugura una vertiente dentro de la expresión lírica de este movimiento: la actitud de entrega e identificación con todo lo existente. Su esposa, Alma Malher, describe esta actitud como algo más que una postura estética: “Cuanto más se entrega, más gana. No me puede explicar bien su exagerado amor a la gente ni frases como: ¿Cómo puedo ser feliz mientras haya en la tierra una criatura que sufra...?” (Werfel, *Mi vida* 98)

Los títulos de sus poemarios son elocuentes: “Somos”, “El amigo del universo”, “Uno a otro”. En el poema titulado “*Ich bin ja Noch ein Kind*” “Todavía soy un niño”, el yo

lírico pide la ruptura de sí mismo, como si fuera una vasija, porque se atreve a decir “somos” y no sabe todavía “cómo enmohecen los viejos” o cómo “las madres ciegan bordando”. Cuando haya muerto con cada uno de ellos, podrá usar este plural, que ahora no es más que un presentimiento.

Pronto abandona su adscripción a la vanguardia, pero la actitud expresionista tendrá su continuación en obras posteriores. Aunque muchas de sus novelas por dimensión y aliento son consideradas épicas, encontramos una estética consagrada al detalle y a los movimientos del espíritu, describiendo los gestos de la naturaleza y de la humanidad de tal manera que la vemos allí, moviéndose, relacionándose, sufriendo o compadeciéndose.

El espíritu, el alma libre. Antes de su exilio en junio de 1940, escribe y lee ensayos críticos sobre el materialismo de la época. Werfel veía en la actitud que negaba la existencia del espíritu, principio generador y constitutivo de la libertad del hombre, el mayor peligro de la época. Dará conferencias, mientras lo dejen, por pueblos de Alemania: “Realismo e interioridad”, “Arte y tecnología” y sobre la ya mencionada recopilación de escritos teológicos, *Theologumena*. ¿Cuál es la causa de este positivismo desenfrenado? Werfel habla de una voz que por comodidad y mezquino interés el hombre ha dejado de lado. Escuchad la voz;

ésta es la exhortación que dirigirá a sus contemporáneos, en forma de conferencia, ensayo o novela.

Himmel der Öret (Escuchad la voz) fue escrita en los años anteriores al exilio de Franz Werfel y Alma Malher. Se publica en alemán en 1937, y en 1938 sale traducida al inglés. Ya hacía tiempo que el tema de su judaísmo había comenzado a ser una preocupación para el autor.

Escuchad la voz es una gran obra épica en la que el protagonista es un ser pequeño encargado de llevar en su misma persona un mensaje descomunal. Se describen los cuatro reinados que vivió Jeremías, la decadencia del Imperio de Israel, la batalla de Meggido, el pueblo en todas sus dimensiones, las naciones representantes de la apostasía y el poder, los profetas como hombres incomprensidos, obedientes, elegidos. La novela es un prodigio de evocación bíblica, comparable en este aspecto con *Joseph Der Ernahrer* de su contemporáneo Thomas Mann.

El eje de este gran friso, sin embargo, es un ser maltrecho que tiene en sus manos una misión sobrehumana en la historia del pueblo de Israel. Además, esta figura aparece en medio de las condiciones externas menos favorables: el pueblo de Israel, convencido de poder ganar a su Dios, de que al Dios de Abraham se ha merecido y se sigue mereciendo, ¿a quién tendría que escuchar, si con sus fuerzas podrá establecer una

sociedad que se bastase a sí misma: el reino de Dios sobre la tierra?

Héroes de barro

Los personajes de Werfel tienen un particular heroísmo. En general, el héroe en la tradición literaria recorre un camino iniciático en el que a través de ciertas pruebas mejora paulatinamente. Abandona el umbral conocido y gracias a cada obstáculo a superar comprende algún aspecto de su existencia, hasta que se topa con la gran prueba. Si la vence, volverá a casa con un importante aprendizaje para comunicar a sus semejantes.

La evolución de nuestro personaje es distinta. No podemos decir que la apariencia de Jeremías sea heroica en términos clásicos, pero sí el contenido de su misión. Para llegar a ella, el recorrido no será el acostumbrado. Una de las más significativas imágenes que aparece en la novela resume este camino. Me refiero al cántaro de arcilla.

En el capítulo VIII un alfarero modela el barro pacientemente entre sus manos, vuelta tras vuelta. Una de las vasijas no ha quedado bien e intenta arreglarla infructuosamente, cada vez la empeora más. Debe romper por completo lo que había hecho y comenzar de nuevo.

No una mejoría sino un cántaro nuevo, con el mismo barro, así avanzará nuestro personaje en su derrotero. A pesar de la longitud, cito los siguientes

párrafos por la belleza de estilo que se puede captar en esta magnífica traducción y por la concisión de la imagen que encierra múltiples significados: el proceso de formación del barro es lento; la mano experta del alfarero respeta cada una de las etapas; no deja sin adornos el vaso de barro que, sin embargo, tendrá que pasar por el fuego para endurecerse y llegar a ser cántaro. Alfarero y cántaro en esta descripción se convierten en una *mise en scène* del recorrido del profeta.

En la novela, Jeremías había tomado alojamiento en la parte baja de la ciudad de Jerusalén, en una pequeña alcoba situada sobre una alfarería:

Observaba con casi corporal deleite cómo en los presurosos discos giratorios del artesano y de sus jóvenes oficiales los informes terrones de barro se convertían primero en toscas bolas, luego en masas ovoides, cómo empezaba a estirarse el esbelto cuello de las vasijas y de los cántaros, a resaltar el cuerpo ventrudo, a arquearse el borde en forma de campanilla floral y cómo, para terminar, la mano del maestro alfarero pasaba con estilo sobre su creación, grabando guirnalda de flores y otras líneas de adorno. Los cántaros, fuentes y otros recipientes, una vez listos, eran dispuestos en filas sobre el fuego con el objeto de endurecerlos.

Jeremías observó que al alfarero se le malogró uno de los vasos. Rebelde, parecía oponerse el terrón al impulso modelador del disco giratorio. La bola no mantuvo su forma, el ventrudo contorno se estiró deforme hacia un lado, la orilla

resultó irregular. Todo el cántaro, por decirlo así, parecía poner un hocico torcido y sedicioso. Entonces se encolerizó el alfarero, detuvo el disco giratorio y amasó la frustrada creación hasta que ésta tornó a ser lo que había sido: un informe terrón de barro. (154)

La destrucción del cántaro es brutal, y así sucederá con el personaje Jeremías. En la acción el profeta no avanzará por resolución de conflictos sino por la intromisión de este elemento extraño y perturbador: la voz que desarma el antiguo recipiente Jeremías.

Como hemos mencionado, en el marco de la narración el poeta Clayton Jeeves y un grupo de historiadores y arqueólogos hacen un viaje a Tierra Santa. Ven a la gente que va a recoger agua bendita del Jordán: “-veo -dijo Dorothy parpadeando esas horribles alcuas modernas que fueron llenadas con agua sagrada... La voz de Burton se hizo solemne y sonora al decir: -Un símbolo preñado de esperanzas para nosotros, horribles envases modernos todos y que, no obstante, podemos ser colmados con lo sagrado...” (63)

Esta paradoja, que pone en entredicho la noción convencional de mérito, contrasta con la férrea ley de los sacerdotes del tiempo de Jeremías, en la que cada elemento, por mínimo que fuera, era sopesado en su valor cuantificable antes de presentarlo al Señor: “... los pepinos tempraneros y las calabazas no se asemejan en su valor de ofrenda; cada aceituna

suelta, aunque sea diminuta, debe ser examinada primero para dictaminar sobre su mérito.” (64)

En cambio, para Jeremías su importancia ya no estará ligada a la complejidad de su cuerpo o sus escasas fuerzas. Será otro su valor: aceptar una novedad quebrantadora de lo antiguo, opuesta y destructora, en principio, de lo que él piensa, sabe, valora. Se irá llenando así de una forma muy especial el contenido de este nombre, a través de la intromisión de esta voz, siempre bella y repentina, y la comprensión por parte de Jeremías del pedido que le hace.

La flor del almendro

Jeremías es un jovencito retraído, parco, nada sociable, miope y de complejidad enfermiza. La relación con su amigo Baruch y con su madre, dos figuras entrañables de la novela, le alcanzarían para vivir tranquilo. Quisiera no ser molestado, inmerso en sus pensamientos, como cualquier hombre de su pueblo. Se preguntará una y otra vez: “¿Por qué la elección del Señor había recaído justamente en él, que era tan sensible, que sufría con tanta facilidad y tenía tan pocas fuerzas para provocar y soportar el dolor?” (109)

Ha sido querido y elegido, pero ni su cuerpo ni su ánimo reúnen las condiciones favorables para este llamado. Werfel utiliza otra poderosa imagen bíblica, la del almendro, para darnos a entender la novedad,

la fuerza, la ruptura que supone esta irrupción de la Voz.

Jeremías tendrá una primera visión, siendo muy joven. Como se relata en la Biblia, es la aparición vívida ante sus ojos de la flor que germina cuando está terminando el invierno, invadiendo todo con su suave aroma y su color puro.

El profeta vuelve a su pueblo Anathoth después del primer viaje a Jerusalén con ocasión del sacrificio pascual que se realizaba todos los años en el Templo. En la casa paterna, frente a su ventana, contempla el espectáculo que ha visto toda su vida, día tras día: las cadenas montañosas que, bajo la luz de la luna, se van desdibujando hacia el norte. Y de repente la imagen familiar, la misma desde hace muchos años, cambia:

¿Qué ha sucedido? Algo ha ensombrecido el recuadro de la ventana. Desde afuera entra en el interior, se encorva, dobla y distribuye hacia todos los rincones, de modo que va llenando toda la habitación. Nada que ondule confusamente, sino un todo formado con clara precisión, hasta la última y más pequeña hojita. Es una espesa y lozana fronda florecida que penetra en el cuarto y, multiplicándose pletórica de vida, trepa al igual que una red por las paredes: como si un árbol creciese de súbito ante la ventana e introdujese sus ramas en la alcoba. Son ramas de almendro, las que más temprano despiertan en el año, inmediatamente al final del invierno, cuando ninguna yema ni renuevo dan todavía señales de vida. (86)

Es el gran momento. Esta visión llega junto a una clara voz masculina que llena las grietas de la habitación y cada músculo de Jeremías para que él se dé cuenta de que es como si esta voz siempre hubiera estado allí, sólo que oscurecida y ahogada por el rumor de la actividad del mundo. La Voz irrumpe "...y ese golpe sobre los labios encierra la sola y penetrante convicción de que en adelante y eternamente será distinto, renovado y vuelto a nacer, convertido en otro por destrucción, y muerte, y nueva resurrección." Jeremías recibe este lenguaje en medio de la habitación llena de las primeras ramas de almendro.

Esta Voz llega con un pedido, que sin embargo él malinterpreta. Creyendo obrar conforme a lo requerido, sale de la casa de sus padres y se impone penitencias de eremita, pero sucede que aún en medio de todos sus sacrificios personales, no vuelve a escuchar la Voz. En su auxilio aparecerá Hulda, la vieja visionaria del pueblo, para aclarar la profecía: "no en la soledad...al pueblo, a la nación...Entre las naciones...a los reyes... hijos de David".

El profeta debe entregar su vida allí, en el corazón del mundo. Para ello, antes de marcharse, al joven llega una sabiduría que renueva su percepción de lo que lo rodea de manera que nada permanece igual que antes. Se hace visible para él la grandeza divina, que deberá comunicar a todo el pueblo de Israel:

Cuando, en medio de una marcha, se detenía ante una casa bañada por la luz de la aurora y el sol aparecía por la cresta de la colina, provocando en el débil follaje mate de un roble viejo un chisporroteante incendio de verdor, estaba ante él "la alegría de Dios". Cuando, al atardecer, eran arreados los rebaños de corderos hacia las hondonadas, semejantes a olas negras y blancas sobre las dehesas y cerrillos tapizados de anémonas, y crecían las sombras exhortantes y los sedientos animales se amontonaban alrededor del abrevadero, encontraba allí, no sabía por qué, la alegría de Dios. Ella le asaltaba en medio de la contemplación de niños que jugaban o de mujeres que, al caminar, balanceaban sobre sus cabezas los cántaros repletos. Cualquier imagen, una mirada, una palabra, podían servirle como motivo para acometer de repente a Jeremías y vencerlo. (131)

La decadencia de un pueblo

Jeremías marcha hacia el sur de Jerusalén con su amigo Baruch. Werfel crea una maravillosa pareja épica, Baruch es un firme sostén y apoyo de Jeremías, con un solo ardiente anhelo: seguirlo, obedecerle y allanarle el camino. Deben internarse en este pueblo por una sola razón, Israel se ha alejado de su Dios. Los personajes que Jeremías y Baruch encuentran en su larga peregrinación representan distintos grados de renuncia: el príncipe de Libna que no quería comprender que el Dios de Israel no era exclusivo de Israel; las adoradoras de la diosa Astharoth, que ya lo saben todo sobre Adonái y piensan que

no puede anunciarles nada nuevo; y Mesullam, molinero de Samaría, imitador de las modernas Babel y Egipto, hombre que tiene a su servicio a doce ciegos, doce gigantes cegados por él para que rindieran más en el trabajo de bestias que deben hacer:

Baruch gritó casi su pregunta, como si fuera preciso hablar con extrema claridad a aquellas cuencas vacías:

-¿Y todos habéis nacido ciegos?

De los doce gigantes se apoderó un singular movimiento de danza. Se balancearon y movieron rítmicamente hacia uno y otro lado, antes de aullar la respuesta:

-No, no hemos nacido ciegos. Cuando éramos jóvenes nos cegó Mesullam el molinero con fuego y con hierro, con hierro y con fuego...

-Cuando los hombres han sido cegados y no pueden ver, el trabajo no se les hace tan pesado y rinde más. A los hombres que no son ciegos, pero que tienen que girar siempre en círculo, los abate el Señor muy a menudo con la locura. Eso lo he aprendido de los pueblos de Babel y del Egipto. (152)

Israel hace caso omiso de la palabra inspirada, olvidando especialmente las leyes que limitan su poder sobre la vida de los esclavos. Para poder obrar mal justificadamente, muchos desconfían de la palabra que en otro momento reconocieron como ley del justo, la ley que Jeremías aprende de memoria todas las noches, porque le basta saber que es palabra inspirada, y que ningún hombre puede imitarla.

El profeta ha visto la desobediencia en que está sumido el pueblo. Son los tiempos del rey Josías. Es un hombre impetuoso, enérgico, incansable, que sólo quiere tener la seguridad de un reinado triunfante y para ello cree necesario lograr que nada escape a su conocimiento.

Jeremías ha comenzado a profetizar en público y suscita la admiración del pueblo. Pero poco a poco las palabras que salen de su boca van cambiando de tenor, hasta que la acusación alcanza su clímax: “- Aunque te laves con lavandina, y amontones jabón sobre ti, tu pecado está sellado delante de mí, dijo el Señor Jehová.” (160)

La multitud quiere apresarlo. Jeremías escapa y a los pocos días el rey lo manda llamar para que dé cuenta de todas las profecías que hablan de la apostasía de Israel. El joven de Anathoth le relata su último sueño, donde vio la relación de este pueblo elegido con las demás naciones. El rey escucha atentamente la interpretación de los sueños, pero las tergiversa. Le interesa ver en esa imagen el éxito de su reinado aquí en la tierra, un éxito asegurado porque Adonaf permanece con su elegido Israel. Confiado en ello, prepara la gran batalla contra Egipto.

Sólo unos pocos días más tarde, tras reconocer su derrota, Josías levanta la gran acusación dirigida a Adonaf: “¡Adonaf!... ¡Yo te había amado!”.

Durante tres días y tres noches el profeta presencia la decadencia de su señor, el joven rey que él había amado, al que había visto luchar a favor de su pueblo y de su Dios. “Esos días y esas noches forjaron en su yunque el corazón del profeta. El abandono y la dedicación a Adonaí cedieron a una resistencia nueva y a una obstinación decidida.” (236)

Jeremías: Dios edifica cuando destruye

Jeremías se siente abatido, destruido, fracasado. Creía obrar conforme al designio divino, y el Señor lo ha engañado. Para alejarse de la Voz comenzará un largo peregrinar en el que llega hasta Egipto donde realiza un viaje a través de imágenes alucinadas por el Amenti, reino de los muertos egipcios. En este descenso recorre desde los círculos más bajos hacia “el campo de los eternamente dichosos”. Los así llamados reproducen eternamente las tareas que han realizado en vida, pero las cosas que manipulan no existen: un pescador vuelve a realizar el movimiento de arrojar el sedal con el anzuelo aunque no hay ningún sedal, ningún anzuelo, ningún agua con peces. El concepto de felicidad de los egipcios, lo que pueden imaginar como plenitud del alma, es la repetición de situaciones que les han ofrecido satisfacción en otro tiempo. Son “gestos vacíos”, ya no aportan nada a quien los eterniza salvo “el recuerdo insulso de un manjar comido hace tiempo”:

No había más que el vacío gesto de una engañada sombra de pescador que se engañaba a sí misma [...] Otros, con celo conmovedor, representaban la comedia de una dicha eterna y de una bienaventuranza que no poseían: escribas sentados sin ningún papiro sobre sus rodillas, sin estilo y anotando nada en la nada; mujeres regando sin agua, pero con celo y actividad, las plantas de una huerta inexistente; [...] (330)

Ver esta degradación no deja indiferente al profeta. Ante el dolor que produce la eterna nada que tuvo oportunidad de mirar, Jeremías - cuyo nombre significa “Dios edifica cuando destruye”- vuelve a levantar la vista a su Señor porque él mismo se siente tan vacío como los egipcios del Amenti. Sin tardanza, obtiene el don de la compasión hacia esas almas, sabe que hay Alguien que las perdona porque es consciente de que él mismo debe ser perdonado:

Misteriosamente, el Señor desconoce su dimisión, su fuga al Egipto y su pecado, como si todo ello no significara nada.... Se incorpora. Las flojas vendas se desprenden de él, caen al suelo. [...]

Jeremías es un renovado. Todo lo que pasó en Noph y en el Amenti se ha borrado, ha desaparecido sin dejar rastros. Sólo subsiste la clara y suave Voz. Sabe que ha sucedido algo que revoluciona y trastorna su vida. (333)

Habiendo recuperado la relación con su Señor puede enfrentar el último tramo en que sufrirá el azote, el cepo, la degradación. El siervo llega a maldecir a su Dueño cuando un agotamiento extremo lo pa-

raliza. ¿Para qué este sufrimiento?
¿Para un pueblo que no escucha,
para el exiguo y pervertido resto
de Israel?

Urías, el viejo profeta, uno de los personajes más conmovedores de la narración, dialoga con Jeremías como hombre de fe que ha aprendido del Señor una gran verdad. La disciplina-escorpión que le han impuesto los reyes de Israel ha dejado en su cara una cicatriz desde la frente hasta el pómulo, pero todas las desfiguraciones quedaban borradas ante su delicada y dulce sonrisa, como afirma Jeremías, “ante su voz clara y aterciopelada que recordaba vagamente a aquella otra que le había llamado y designado y vuelto a abandonar.”

-¿Es posible que no lo vuelva a oír nunca más...que no retorne nunca más...que sea infiel?

Urías lanzó una corta carcajada...

-Fiel, fiel...Esas son palabras tuyas. Tú podrás ser infiel o fiel, no El. Porque, ¿qué es lo que te debe? No preguntes, hijo, espera... Espera pacientemente. Aunque tengas que esperar hasta la hora de tu muerte, ¡espera! (125)

El nuevo rey, Joacim, mata salvajemente al sabio Urías y el pueblo queda aterrorizado. Cuando aún están inmersos en su desconcierto ven a un loco con un cántaro sobre la cabeza, que se pasea por toda la ciudad. Lo reconocen, es Jeremías. Enrojecido de rabia, levanta el cántaro y gritando lo arroja contra el suelo: “-Así ha dicho Jehová de los

ejércitos: ¡así quebrantaré - las palabras brotaban potentes y llorosas de su pecho- a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra un vaso de barro, que no puede más restaurarse!”

Lo apresan, lo azotan, lo llevan al cepo. Sublevado, se empinó en el cepo y sus miembros crujieron. Nadie le ayudó. Baruch dormía como un muerto. Entonces, con frases truncas, profirió su boca la gran maldición:

-Maldito el día en que nací. Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre diciendo: hijo varón te ha nacido... (365)

El joven de Anathot no tiene tregua. Su Dueño lo solicita cada vez más, recibe la voz: debe escribir. La memoria y la letra se convierten en un diálogo amoroso y delicado:

Jeremías supo que la palabra de Dios quería sustraerse cuando, con desesperado esfuerzo, trabajaba por retenerla y consignarla en la obra que dictaba a Baruch. Pero no se desalentaba. Afinaba su memoria como si afilara un cuchillo para hender con él las tinieblas del tiempo que la envolvían. Trataba de sujetar cada visión, cada inspiración que le había alcanzado, con renovados esfuerzos y ataques. Algunas cosas las repetía hasta siete y diez veces, hasta que a su juicio la palabra humana se había acercado lo suficiente a la divina. Lo oscuro y confuso ambicionaba llegar a la más cruda claridad: tanto era ello así, que a menudo tenía que reclinarsse exhausto en un rincón y guardar silencio. (401)

El profeta ve morir a su madre y debe observar las vejaciones infringidas por Babilonia al pueblo de Israel. Jerusalén ha sido devastada. Jeremías la recorre entristecido y desea entrar en el Santuario del Señor en el Templo. Antes de hacerlo, conversa con su Señor, imponiéndole sus condiciones:

Señor, cuando pise Tu morada hollada y pisoteada, cuando pise la cámara de Tu santuario como lo hacía el Sumo Sacerdote, ¡dame mi recompensa, encuéntrate Tú también allí y muéstrate! (708)

Entra vacilante en el Templo, no sabe cuál será la respuesta de Adonái ni se la imagina. Encuentra trozos de piedra astillada sobre la tierra. Los babilonios han destruido los mandamientos, pero aún quedan estos fragmentos de piedra, que Jeremías se apresura a descifrar.

El color del sol poniente aumenta en intensidad. El fragmento de las divinas tablas está cubierto de enmarañadas letras arrancadas de su unión y enlace pero entre ellas, en el centro, salta a la vista la respuesta clara y precisa:

-¡Para que tú vivas!

-¡Para que tú vivas!, no quiere decir “¡Para que vivas algunos años más!” Quiere decir: “¡Para que venzas la muerte, he hecho tal cosa en ti! ¡Para que Israel venza el juicio y el castigo, se lo he infringido! De Mi mano sólo fluye la vida. ¿Cómo podrías tú, que has salido y emanado de Mi mano, morir y haber existido en vano? Para cri-

ba, para tamiz, he creado el juicio y la muerte. [...] ¡Para que tú vivas! Para que seas mío, para que Yo sea tuyo has sufrido. Vuestra victoria crece de derrota en derrota. ¡Para que tú vivas! ¡Tú no alcanzas a agotar la promesa!” (713)

El Señor da esta respuesta dentro de una poderosa iluminación que sucede al profeta en ese instante, con tanta fuerza y fulgor como el espíritu de Jeremías no había experimentado jamás. Para que vivas: Jeremías es el cántaro maltrecho que se vuelve a moldear. El paso por las pruebas de este héroe ha sido una y otra vez dejarse quebrar y rearmar. No unos años más, sino siempre de nuevo.

Referencias Bibliográficas

Gullón, R. “Sobre Franz Werfel”, en *Literatura*, Alicante, núm. 5-6 (septiembre-diciembre 1934), pp. 199-214.

Grenzman, W. *Fe y creación literaria: problemas y figuras de la actual literatura alemana*, Madrid, Ediciones Rialp, 1961, p. 249.

Mahler-Werfel, A. *Mi vida*. Barcelona: Tusquets, 1997, p. 98.

Wagener, Hans. *Understanding Franz Werfel*. Carolina: University of South Carolina, 1993, p. 1.

Werfel, F. *El crepúsculo de un mundo*. Barcelona: Luis de Caralt editor, 1951, p. 10.

_____. *Los que no nacieron*. Madrid: Círculo de Lectores, 1993, p. 95.

____. *La canción de Bernardette*. Madrid:
Ediciones Palabra, 2006, p.8.

____. *Theologumena*, 1944, p. 251.